

mi alma y alma de mi vida!, señaladme con vuestro nombre y alcanzaré misericordia delante del Señor.

PUNTO II.—Considera que la devoción á María es necesaria para llegar á la perfección. El mayor obstáculo que las personas piadosas encuentran para conseguir la santidad, proviene de las numerosas tentaciones con que el demonio, envidioso de su felicidad, se esfuerza en impedirles el progreso en la virtud. Y, ¿quién las hará subir á la montaña de la perfección por un camino tan difícil y en medio de tantos peligros? Sólo María, á cuyo nombre se estremece el infierno y huye espantoso el demonio. Cuando maldijo Dios á la serpiente en el paraíso de delicias, pronunció estas memorables palabras: “Pondre enemistades entre tí y la mujer, entre su descendencia y la tuya. Ella misma te quebrantará la cabeza”. María, es esa mujer destinada por Dios para vencer á Satanás; por consiguiente, ningún devoto de María tiene que temer en el camino de la santidad. ¡Oh Madre de Dios!, colocaré en tí toda mi esperanza y seré salvo; si tu me defiendes no temeré. Ayudado con tu auxilio y cubierto con tu protección, perseguiré á mis enemigos y los pondré en fuga. La vida es un mar tempestuoso lleno de escollos y precipicios; yo tengo que cruzar este mar para llegar al puerto de salvación; la cruz de mi Señor Jesucristo será la aguja que me señale el rumbo que debo seguir, y tú, purísima estrella de la mañana, la que me alumbres con tu luz, para que no naufrague mi pobre barquilla. Así lo espero de tí, ¡oh Virgen clementísima!

PUNTO III.—Considera que la verdadera devoción á María consiste en amar á su divino Hijo y no ofenderlo jamás. Hay quienes se llaman devotos de esta soberana Reina, y están en pecado mortal. ¿Cómo pueden ser siervos de María los que no lo son de Jesucristo? ¡Oh Madre nuestra!, enséñanos tú misma á ser tus devotos. Escuchemos, pues, con atención sus palabras:

“Hijos míos, si queréis amarme y servirme no ofendáis á mi dulce, á mi amable Jesús; por que es el fruto de mis entrañas y el amor de mi corazón. Toda injuria que le hagáis se refleja sobre mí como un dardo cruel, que atraviesa mi pecho. Almas redimidas con la sangre de mi Hijo, no ofendáis á vuestro amable Redentor, no sólo por el amor que le debéis, sino también por la ternura con que me haréis como á vuestra Madre. Sí: sois mis hijos, y por eso espero que seguiréis con fidelidad mis maternales consejos”. ¡Oh Madre amorosísima! Henos aquí rendidos á tus pies; resueltos estamos á no ofender nunca á Jesucristo; no sólo porque te disgustamos á tí, ¡oh Reina del Cielo y de la tierra.

XXX

MEDITACIÓN SOBRE LA FIDELIDAD Á LA GRACIA

PUNTO I.—Considera que todos somos, según el pensamiento de Jesucristo, administradores del gran Padre de familia. En nuestras manos y á nuestro cargo pone sus bienes este divino Señor. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, dando á unos más, á otros menos, según su capacidad, ó más bien, según sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. El siervo que no negocie su tesoro por pereza, ó quizá por cobardía, será arrojado á las tinieblas exteriores, donde será el llanto y el crujir de los dientes. Comprende ahora por esta semejanza, la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia. La gracia es la voz de Dios que nos llama. ¡Con qué estimación debemos oírla y con qué docilidad obedecerla! Es

una visita que nos hace. ¡Con qué respeto y con qué humildad debemos recibirla! Es un cariño amoroso, para ganar nuestro corazón. ¡Con qué fineza debemos corresponderlo! ¡Qué desprecio haríamos de su Majestad, si no lo oyéramos cuando nos habla; si no lo recibiéramos, cuando nos visita; si la volvieramos la espalda cuando nos acaricia! ¿Podría llegar á más nuestra ingratitud y nuestra irreligión? Pues esto es lo que hacemos cuando somos infieles á la gracia. ¿Cómo se vengará el Señor de este desaire? Se retirará, si no lo queremos escuchar; se callará: silencio más digno de temerse que todas sus amenazas. ¡Ah Señor! No dejéis de hablar, que vuestro siervo oye; no me dejéis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco que la gracia se apodera de mi corazón; acabad por vuestra misericordia esta grande obra; ya no quiero seros infiel en adelante.

PUNTO II.—Considera que la gracia es el precio de la sangre de un Dios y el fruto de su muerte. Si es el precio de la sangre de un Dios ¿no valdrá algo? Y ¡qué estimación debemos hacer de ella! Si es el fruto de su pasión y de su muerte ¿qué virtud tendrá? Y ¡con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser fiel á la gracia, hacerle resistencia es, según el lenguaje del Apóstol, conculcar con los pies la sangre de Jesucristo, ¡Oh Dios, qué profanación! Ser infiel á la gracia es aniquilar la virtud de su pasión. ¡Qué impiedad, que fea ingratitud! La gracia es el principio de todos nuestros merecimientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud; ser infiel á la gracia es privarse uno á sí mismo del único medio que hay para atesorar merecimientos: resistir á la gracia es renunciar la esperanza de su eterna salvación. Todos los bienes me vienen con la gracia; si pierdo la gracia los

pierdo todos. ¡Dios mío, qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¡Qué deberé pensar de mis pasadas ingratitudes! Las lloro, las abomino, y, contando más que nunca con vuestra gracia, me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

PUNTO III.—Considera la fidelidad de María á la gracia del Señor. Dios la previno con todas las bendiciones de su dulzura y ella correspondió, santificando su corazón. En muy tierna edad hizo voto de virginidad perpetua, á fin de seguir las inspiraciones de la gracia. Desde entonces el Señor fue su herencia y su tesoro. Cuando el Angel vino á saludarla le dijo: “Llena eres de gracia; bendita eres entre todas las mujeres; como si la dijera: Dios te ha colmado de favores, te ha enriquecido con sus tesoros, te ha mimado con sus caricias; eres, pues, llena de gracia; pero tú has pagado esos favores con una fidelidad inviolable; has negociado esos tesoros con una actividad sin ejemplo; has correspondido esas caricias con una filial ternura; eres, pues, bendita entre todas las mujeres, porque ninguna de ellas ha merecido, como tú, las bendiciones del cielo. ¡Oh Virgen fidelísima!, enseñadme á ser fiel á los llamamientos de la gracia, á fin de que, correspondiendo, aquí en la tierra, las inspiraciones del Señor, merezca ver tu rostro hermoso en la patria celestial.

XXXI

MEDITACIÓN SOBRE LA PERSEVERANCIA

PUNTO I.—Considera que de nada te sirve haberte convertido al Señor, si no perseveras en su servicio, sólo el que perseverare hasta el fin será salvo, dice Nuestro Señor Jesucristo. Inútiles son tus lágrimas, vanas

tus promesas, estéril tu conversión; si más tarde, cometes el pecado y vuelves de nuevo á tu vida criminal. La perseverancia es un dón de la misericordia del Señor; es preciso tenerla en su favor para conseguirlo. Y ¿qué otro medio puedes emplear para tener á Dios propicio, si no es servirlo y amarlo con todo tu corazón? Cuentas con recursos eficaces para la práctica de la virtud; sólo necesitas la voluntad de usarlos. Antes que todo, debes huir de las ocasiones del pecado; sin esta precaución, tu recaída sería inevitable. Frecuenta los Sacramentos que son las fuentes de la salud y de la vida. Haz oración, á fin de que no te falte el auxilio del Señor, en una palabra, esfuérzate por salvar tu alma, y lograrás de Dios el dón de la perseverancia. Pídeselo, pues con humildad, prometiéndole una fidelidad inviolable.

PUNTO II.—Considera los obstáculos que tienes que vencer, para perseverar en la gracia de Dios. Todos tus enemigos te rodearán, para hacerte la guerra y perderte. El mundo te pondrá á la vista todos sus tesoros, te brindará todos sus encantos, te colmará de hipócritas halagos procurará reducirte con el falso brillo de sus pompas. No lo creas; desprécialo, como á un insensato, riéte de él como de un necio; entonces mudará de lenguaje, empleará el ridículo y la sátira para mortificarte y zaherirte. No importa; acuérdate de que así también trató el Verbo del Padre hecho hombre, y consuélate con la idea de que eres tratado como tu divino Maestro. Así vencerás al mundo. El demonio, por su parte, desplegará toda su astucia para engañarte; tentará tu alma con las tentaciones que más halaguen tu corazón; se revestirá de Ángel de luz, y de tu misma virtud sacará partido su infernal malicia; no importa; huye de sus lazos; nada le concedas nunca, porque si se apodera siquiera de un palmo, en tu corazón, eres perdido; ten en tus labios y en tu espíritu el dulcísimo

nombre de Jesús, para que lo confundas y hagas temblar. Conduciéndose de este modo, triunfarás del demonio. La carne también hará su oficio. Turbará tu alma, con sus continuas rebeldías, se levantará contra tí como un enemigo formidable que te combatirá en todo instante y en todo momento; no temas; mortifica tu cuerpo con la penitencia; guarda tus sentidos con santa vigilancia, evita los peligros, por remotos que sean, y llegarás á domar tu carne y sujetarla al espíritu. He aquí los medios que el Señor te ofrece para que perseveres en la virtud y te apartes del pecado. Tu dices que te has convertido de corazón, demuéstalo con las obras perseverando en el bien.

PUNTO III.—Considera que la devoción á María es un medio muy eficaz para perseverar en la virtud. Yo no necesito probarte esta verdad, á tí, que has sentido durante este mes, la influencia de su protección. Acuérdate de lo que eres, al comenzar el Mes de María, recorre con tu memoria el camino que has andado, en su compañía y con su auxilio, y viendo lo que hoy eres, admírate de una transformación tan noble. Tu eres un pobre pecador, tu corazón era un montón de ruinas: en tan triste estado lo habían puesto tus enemigos. María se compadeció de tí; te dijo al oído una palabra dulce, como su amor; te llamó su hijo, y tú tuviste la felicidad de escuchar su voz y reconocerla por Madre. Entonces te tomó de la mano; te condujo por la senda de la meditación hasta el Tribunal de la penitencia; luego te llevó por el prado florido de todas las virtudes hasta el trono de su Hijo; y allí, desde esa altura, te he mostrado todas las dificultades del camino de la perfección, enseñándote, al mismo tiempo, los medios de destruirlas; y, por último te exhorta á que perseveres, á que no desmayes en la práctica de la virtud, diciéndote con toda la ternura de su corazón maternal: “Hijo mío muy querido: ya estás libre del cautiverio del de-

monio; ya eres del número de mis hijos y de los hijos de Dios. ¿Qué has experimentado en este mes dedicado á mi servicio? consuelos inefables, la paz del corazón; ¿dejarás de amarme en adelante? No lo creo, muy al contrario, espero que serás fiel á la gracia de Dios, que morirás en su amistad y que reinarás conmigo por los siglos de los siglos”.



**Cartas del Presbítero
Manuel Tovar
al Sr. Dr. D. Francisco de Paula Vigil.**

A Su Excia., Ilma. y Rma. Monseñor Serafín Vannutelli,
Arzobispo de Nicea y Delegado Apostólico
en las Repúblicas del Perú y del Ecuador.

Monseñor:

Tengo la honra de ofreceros este pequeño trabajo, destinado á defender á la Santa Sede de los ataques de un desgraciado Sacerdote.

Recibid esta ofrenda con benevolencia, mirando, no la persona que la hace, sino la santidad de la causa, que me he propuesto sostener.

Con sentimiento de profundo respeto, soy de V. E. Ilustrísima y Reverendísima, humilde servidor y capellán, Q. B. S. M.

MANUEL TOVAR.